

Voces y ecos del 68

La conmemoración de los cuarenta años del movimiento estudiantil de 1968 mostró de manera contundente la vigencia de aquella protesta social, cuyo reclamo no ha sido atendido.

Quienes no habían escrito al respecto lo hicieron, quienes ya lo habían hecho escribieron de nuevo; todas las instituciones ligadas de alguna manera a la educación y a los jóvenes organizaron un evento conmemorativo. Sólo las dos grandes televisoras trataron de voltear hacia otro lado, pero sucumbieron en su intento.

En el corazón mismo de la matanza, la UNAM construyó el Centro Cultural Tlatelolco y lo entregó a los dirigentes estudiantiles para que no quedara duda de las dimensiones de la tragedia. El movimiento entró así a la historia por la puerta grande, aunque comenzara también a pagar los abonos de su institucionalización.

Como lo dice Armando Bartra en estas mismas páginas: "Fue necesario más de medio siglo para que el magonismo... deviniera paradigma de indoblegable militancia revolucionaria. El zapatismo, un movimiento rural del centro-sur del país, primero sofocado y a la postre decapitado, se hizo patrimonio nacional y bandera de todos los campesinos en las décadas de la posrevolución. Y de la misma manera el 68 se tornó referencia insoslayable y emblema de las nuevas luchas por la democracia a medida que participantes y testigos fueron desgastando poco a poco el espeso muro de silencio que alzó el sistema."

El presente libro constituye un balance de este aniversario que volvió a triunfar contra el silencio. *Voces y ecos del 68* también nos habla de los obstáculos tremendos para acusar a los culpables de aquella matanza y nos muestra la distancia que hay entre los anhelos democráticos de los jóvenes en aquellas jornadas y lo que ha devenido hoy en una transición democrática apresada dentro de un desproporcionado aparataje electoral, erigido sobre el fango de la injusticia, la pobreza, la desigualdad y la violencia, que aún hoy prevalecen en México. ©

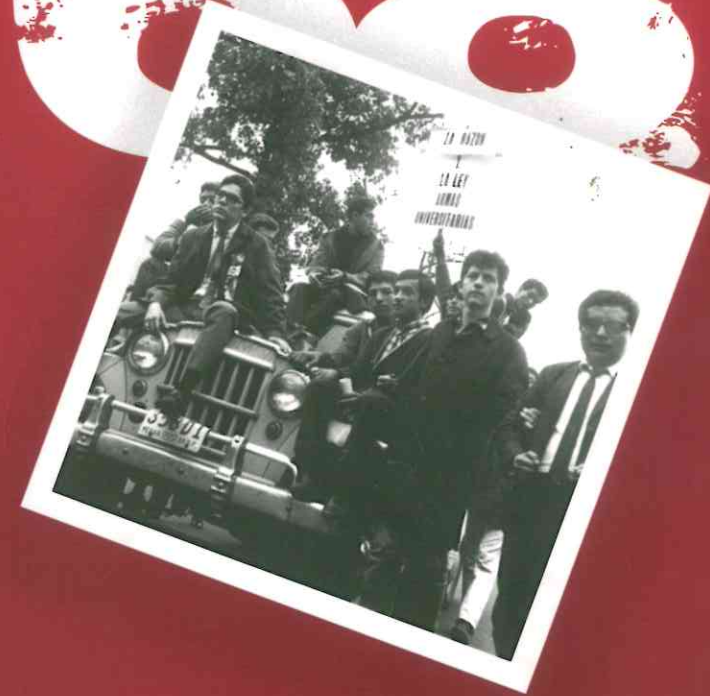


IV LEGISLATURA



Voces y ecos del 68 © SALVADOR MARTÍNEZ DELLA ROCCA

Voces y ecos del 68



SALVADOR MARTÍNEZ DELLA ROCCA

Compilador



D.R. © 2009, Gobierno del Distrito Federal
© IV Asamblea Legislativa del Distrito Federal
© Salvador Martínez Della Rocca

Coordinación general: SALVADOR MARTÍNEZ DELLA ROCCA
Coordinación editorial: ROSANELA ÁLVAREZ
Coordinación edición: DR. MARIO AGUIRRE BELTRÁN
Diseño y formación de interiores: QUINTA DEL AGUA EDICIONES, S.A. DE C.V.
Portada: MIGUEL MARÍN
Fotografía de portada: RODRIGO MOYA
Impresión y terminado: MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, S.A. DE C.V.

ISBN 978-607-401-112-8

Impreso en México

ÍNDICE

Prefacio <i>Marcelo Ebrard Casaubón</i>	9
Prólogo <i>Víctor Hugo Círiga Vásquez</i>	13
Presentación <i>Salvador Martínez Della Rocca</i>	15
El movimiento estudiantil-popular de 1968 <i>Salvador Martínez Della Rocca</i>	27
Tiempo de jóvenes <i>Armando Bartra</i>	63
Recuerdos y reflexiones sobre el movimiento estudiantil de 1968 <i>Julio Boltvinik</i>	85
El movimiento estudiantil de 1968 en el diario de un escritor <i>Emmanuel Carballo</i>	101
Hechos ocurridos el 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas en Nonoalco, Tlatelolco <i>Ignacio Carrillo Prieto</i>	117
Despolitización, movimiento estudiantil y politización en México <i>Daniel Cazés</i>	139

ÍNDICE

Mi fiesta impoluta <i>Santiago Flores</i>	167
1968: la ruptura en los bordes <i>Adolfo Gilly</i>	185
1968 durante 40 años <i>Pablo Gómez</i>	203
1968 y la democracia <i>Gilberto Guevara Niebla</i>	213
De la generación al género. 40 años después <i>Marcela Lagarde y de los Ríos</i>	225
La postura del Partido Acción Nacional ante el Movimiento Estudiantil de 1968 <i>Margarita Martínez Fisher</i>	233
1968: la herencia en busca de herederos <i>Carlos Monsiváis</i>	255
Antes y después de 1968 <i>Carlos Montemayor</i>	295
Antes, durante y después <i>Horacio Radetich</i>	321
Si no hay memoria, sólo hay olvido <i>Paco Ignacio Taibo II</i>	331
Consigna vigente: “¡Prensa vendida!” / “¡Prensa vendida!” <i>Juan Manuel Valero</i>	349
A 40 años, ¿qué cambió, qué permanece? <i>Sergio Zermeño</i>	367

Obras citadas

- Aroche Parra, Miguel (compilador) *53 poemas del 68 mexicano*, México, Editora y Distribuidora Nacional de Publicaciones, 1972.
- Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Rabelais*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.
- Bartra, Armando, "Añoranzas y utopías: la izquierda mexicana en el tercer milenio", en César A. Rodríguez Garavito *et al.* (eds.), *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Colombia, Norma, 2004.
- Benjamin, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*, México, Los libros de contrahistorias, febrero 2005.
- Borges, Jorge Luis, *El aleph*, Buenos Aires, EMECÉ Editores, 1957.
- Cartier-Bresson, Henri, "El instante decisivo", en Joan Fontcuberta (editor), *Estética fotográfica*, Barcelona, Gustavo Gili, 2003.
- Mariátegui, José Carlos, "Al margen del nuevo curso de la política mexicana", en *Temas de nuestra América*, Lima, Amauta, 1960.
- Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad*, Posdata. Vuelta a *El laberinto de la soledad*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Revueltas José, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, México, Logos, 1962.
- Sla, *Insurgencia obrera y nacionalismo revolucionario* (selección de editoriales y artículos de la revista *Solidaridad* del Sindicato de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana), México, El Caballito, 1973.
- Sironeau, Jean Pierre, "El retorno del mito y lo imaginario sociopolítico", en *Casa del Tiempo*, número extraordinario 63, 64 y 65 / abril, mayo y junio, Universidad Autónoma Metropolitana.

RECUERDOS Y REFLEXIONES SOBRE EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DE 1968

Julio Boltvinik

I. Movimiento subversivo porque mostraba que la democracia es posible

El 18 de septiembre de 1968, hace 40 años, transcurrió para mí como todos los días de esos intensos meses del 68: hacia las 12 horas, asamblea en El Colegio de México (COLMEX), donde estudiaba la maestría en Economía; ahí se informaba de los acuerdos del Consejo Nacional de Huelga (CNH), se discutían temas para votar y decidir para llevar al CNH en la noche, y se acordaban las tareas internas inmediatas. Después, casi siempre redacción y reproducción de volantes, *volanteo* y *mítines relámpago* durante las horas de luz restantes. Nos subíamos en parejas a los autobuses urbanos y, mientras una persona repartía volantes y boteaba (pedía cooperación en un bote alcancía), la otra improvisaba un brevísimo discurso. En cuanto acababa el reparto de volantes, descendíamos del autobús. La brevedad estaba dictada por la amenaza de aprehensión. A muchos, cuando hacíamos eso, nos temblaban las piernas. El mitin relámpago se hacía en grupos de 10 o más personas: nos encontrábamos en algún lugar, nos parábamos y, tomados de la mano en línea o círculo, gritábamos algunas consignas, pronunciábamos un discurso muy breve, repartíamos volantes y nos dispersábamos.

El 18 de septiembre se festeja la independencia de Chile y mi novia era chilena. Al atardecer fuimos al festejo en la embajada de Chile, donde tomamos vino tinto y comimos empanadas. Después me fui a CU, al auditorio de Medicina, donde sesionaba desde varias semanas atrás el CNH. Sólo habían pasado cinco días de la gran Marcha del Silencio (13 de septiembre), que había sido impactante y había demostrado la capacidad organizativa, la disci-

plina y el gran poder de convocatoria del movimiento estudiantil. Con la sesión en marcha, hacia las 10 de la noche, Tomás Cervantes Cabeza de Vaca, representante de la Universidad de Chapingo, entró al auditorio gritando que el ejército tenía completamente rodeada CU. Como ya antes habíamos recibido avisos semejantes, pedí que una comisión se encargara de verificar si era cierto, a lo que respondió Cabeza de Vaca: "Yo los vi y están muy cerca de aquí". Se levantó la sesión del CNH con la recomendación que no opusiéramos resistencia y nos dejásemos aprehender si no había otro remedio, pero lejos del auditorio de Medicina para que no nos identificasen como miembros del CNH. Alguien sugirió que caminásemos hacia la explanada de Rectoría. Eso hicimos Miguel Ángel Rivera Villaseñor, también estudiante de Economía, y yo, representantes de turno del COLMEX ante el CNH esa noche (nos turnábamos con Guillermo Palacios y Jorge Aguilar Mora, estudiantes de Historia y de Lingüística, respectivamente). Cuando estábamos cerca de la explanada nos confrontó un primer soldado que nos exigió que levantáramos las manos y camináramos hacia la explanada. Al llegar ahí ya había muchos detenidos. Nos hicieron recostar en el piso boca abajo y con las manos en la nuca. Tiempo después el cansancio me hizo levantar el torso y en ese momento sentí un golpe seco en la espalda que me obligó a volver a la posición original. Un soldado me había golpeado. Supuse que lo había hecho con la bayoneta. Después veía las bayonetas con mucha curiosidad: no estaban afiladas, lo que me explicaba que el golpe no me hubiese causado herida alguna ni haya rasgado mi ropa. Nos llevaron en numerosos autobuses urbanos a distintos sitios. A mí y a Miguel Ángel al Palacio Negro de Lecumberri, la cárcel preventiva de la ciudad, que sería mi residencia por los próximos 40 días. A algunos otros detenidos los habían llevado, primero, a la Procuraduría General de la República.

Cuarenta años después me sigo preguntando cómo fue posible que los estudiantes de El Colegio de México (COLMEX), *todos becados y de tiempo exclusivo*, casi todos estudiantes de posgrado, parte de la elite estudiantil del país, declarásemos la huelga y enviásemos representantes ante el CNH. Cuando lo hicimos, a principios de agosto, el primer y difícil paso fue solicitar y lograr que nos prestaran el auditorio de El Colegio para convocar una asamblea. Se lo solicitamos a Omar Martínez Legorreta, quien era el secretario general. Se puso pálido y tembloroso ante lo insólito de la petición: los estudiantes del COLMEX querían el auditorio para debatir lo que estaba pasando en

el país. Dijo que tenía que consultarlo con Víctor L. Urquidí, presidente de la institución. Lo demás fue relativamente fácil. No recuerdo que hayamos convocado a los profesores, pero los recuerdo debatiendo con nosotros en una o dos ocasiones. Los estudiantes votamos a favor de la huelga sin pensar siquiera en la posibilidad de que nos suspendiesen la beca, *no nos importaba*. Era tal la fuerza de lo que estaba pasando que nos arrastraba a todos. Éramos agentes casi involuntarios de una fuerza social gigantesca. Vivimos en plena libertad, en el seno de una sociedad represiva, como militantes políticos de tiempo completo durante menos de dos meses.

La organización del movimiento estudiantil era una forma de democracia en dos niveles: asambleas de escuelas y la asamblea del CNH, integrada por dos representantes de cada escuela. Las decisiones, antes de votarse en el CNH se llevaban, en general, a las asambleas, de tal manera que los representantes éramos realmente *delegados*. Una estructura así permitía la participación de todos en el proceso de toma de decisiones. ¿Alguna vez las instituciones de este país funcionarían así? La UNAM, el Poli, el COLMEX siguen encabezadas por Juntas de Gobierno que no representan a los miembros activos de la institución y nombran directores, rectores, presidentes. Se ha dicho, con razón, que el movimiento estudiantil fue una lucha por las libertades democráticas en un país asfixiado por la dictadura casi perfecta. También se ha dicho que el punto más importante de nuestro pliego petitorio fue el de *diálogo público* con el que el movimiento quiso evitar los acuerdos en lo oscuro donde prevalecen los sobornos o la coerción. Me parece que lo más subversivo de todo era nuestra forma de organización democrática que, con el ejemplo, criticaba hasta la raíz a las organizaciones autoritarias que dominaban y siguen dominando de manera casi absoluta a este pobre y deshecho país.

II. Papel de las autoridades universitarias. ¿Democracia o pirámide?

El lunes 22 de septiembre de 2008 tuvo lugar, con una nutrida concurrencia, el "Recordatorio del movimiento estudiantil de 1968 (ME68) y El Colegio de México", en las instalaciones de esta institución, en el cual algunos de quienes fuimos activistas hace 40 años compartimos algunos recuerdos de nuestra

participación personal en el ME68. Además de los militantes del COLMEX, en la mesa estuvieron dos invitados, Salvador Martínez Della Rocca (*el Pino*), y Sergio Zermeño. También hubo participaciones del público, entre ellas las de varios profesores actuales de la institución. Varios señalaron que los estudiantes no estábamos solos: tuvimos el apoyo de profesores, intelectuales y de algunas autoridades universitarias. Se resaltó el destacado papel del rector de la UNAM, Javier Barros Sierra (JBS), en los acontecimientos. Zermeño señaló que ante la brutalidad del adversario (PRI-gobierno-presidente de la República) resultaba importante la alianza con la clase media. La postura de defensa de la autonomía universitaria por parte de JBS (bandera a media asta, participación en marchas y mítines) le dio respetabilidad al movimiento e hizo posible su alianza con la clase media, lo que se expresa, entre otras cosas, en la participación activa de la Universidad Iberoamericana y del COLMEX.¹

Varios de los entonces activistas del COLMEX analizamos también el papel de Víctor Urquidi, a la sazón presidente de la institución. Isabel Molina señaló que Urquidi nos dejó hacer y no nos suspendió las becas, pero que tenía mucho miedo, lo cual se debe haber visto agravado cuando la fachada del COLMEX (Guanajuato 125, en la colonia Roma) fue ametrallada una madrugada y varias balas penetraron en su oficina. Añadí que su comportamiento fue ambiguo, lo que ejemplifiqué con la forma en que me trató. Fui el único militante del COLMEX al cual se le dictó auto de formal prisión. Me apoyó pagando un abogado para que me defendiera. Cuando salí de Lecumberri 40 días después (en libertad bajo fianza), me dio facilidades para presentar exámenes atrasados (en el COLMEX la huelga se suspendió después del 2 de octubre), lo que me permitió terminar a tiempo, en 1969, la maestría en Economía. Sin embargo, me vetó para seguir trabajando en el COLMEX. Antes de estudiar la maestría estuve casi dos años como ayudante de investigación. Me mantuvo mi sueldo de ayudante durante toda la maestría, pero no respetó el acuerdo de que me reincorporaría a la investigación una vez terminados los estudios. Es decir, *me despidió*. Urquidi continuó durante muchos años como presidente del COLMEX. A la institución le fue bien durante el gobierno de Echeverría: edificio nuevo propio y decreto presidencial otorgándole la autonomía. Hasta que Urquidi dejó de ser pre-

¹ Guillermo Palacios, militante del Comité de lucha del COLMEX, declaró a *Memorial del 68* (UNAM/GDF, 2007, p. 65) que la manifestación del rector le dio al ME68 “un halo de institucionalidad” que animó a muchos profesores reacios a participar en él.

sidente pude volver a la institución, lo que ocurrió en marzo de 1992 como profesor-investigador.

Algunas participantes (Isabel Molina, quien era estudiante en 1968, y Margit Frenk, que era profesora) expresaron que aquella era la primera vez que participaban en un movimiento político, y que la experiencia del ME68 les cambió la vida. Margit Frenk, profesora emérita del COLMEX, narró el enorme miedo que prevalecía y que, sin embargo, no impidió que la gente participara. Era ya entonces profesora del COLMEX y contó que cada vez que salía para ir a una marcha, le dejaba a sus hijas dinero (mil pesos, dijo) por si no regresaba.

Relaté mi participación en la Marcha del Silencio (13 de septiembre). Recordé que al final de la manifestación del 27 de agosto (lleno completo en el Zócalo, que durante cuatro horas continuó recibiendo contingentes), Sócrates Amado Campos Lemus se hizo del micrófono (nuestros improvisados templetos siempre eran autobuses) y arengó a la multitud para que permaneciesen en plantón permanente hasta el día del Informe presidencial. El plantón facilitó la represión esa misma noche e hizo que los medios resaltasen ésta, opacando el enorme éxito de la marcha. Cuando en el Consejo Nacional de Huelga (CNH) días después se planeaba la manifestación del silencio, propuse que para evitar otro desaguisado similar hubiese un control férreo del micrófono en el mitin del Zócalo. Fui nombrado maestro de ceremonias para tal mitin con el encargo de ceder el micrófono sólo a los oradores programados. Era tal mi temor de no poder cumplir cabalmente la misión aquel 13 de septiembre, que en lugar de caminar con el contingente del COLMEX me instalé en el camión del Poli desde el museo de Antropología y me apoderé del micrófono desde ahí. Ya en el Zócalo, arriba del camión, narré el lleno total que alcanzábamos y la entrada continua de contingentes, leí los comunicados que llegaban, previa revisión de que fuesen de buena fe, anuncié a los oradores y les pasé el micrófono, y di por concluida la manifestación, pidiendo a todos que se dispersasen. No hubo sorpresas que lamentar. Todos los análisis del ME68 coinciden que la Manifestación del Silencio fue el momento más alto de éste. Cinco días después el ejército invadió Ciudad Universitaria. Fui uno de los cientos de apresados.

En el recordatorio, Zermeño puso en duda el carácter ejemplarmente democrático de la organización del movimiento estudiantil que yo sostuve, señalando que la tendencia a reproducir la pirámide (la formación de un pequeño grupo dirigente en la cúspide) fue cubierta por la represión del 2 de

octubre. No dudo que se estuviese formando una elite dirigente. De hecho, desde el principio destacaron personajes como Gilberto Guevara Niebla, Eduardo Valle (*el Búho*), Cabeza de Vaca, Roberto Escudero, Raúl Álvarez Garín, Marcelino Perelló y otros más, pero las palabras de Pablo Gómez (al igual que las de otras personas) citadas en *Memorial del 68* sobre la organización del CNH avalan mi postura:

El CNH no era un pequeño grupo, no era un caudillo: *no había posibilidades de que semejante cosa se produjera*. Ese parlamento llamado CNH estaba formado por los delegados de cada escuela, y esos delegados eran elegidos en asamblea. Los delegados, los miembros del Consejo, iban a consultar a sus asambleas [...] en las asambleas se discutían y volvía otra vez el punto de vista de las asambleas sobre lo que se estaba discutiendo. Era un procedimiento totalmente democrático y parlamentario, en el que los parlamentarios estaban obligados a consultar a sus electores antes de tomar una decisión (pp. 74 y 76).

Creo que Pablo Gómez se queda corto: era *una red de parlamentos con dos niveles*. ¿Puede haber una mecánica más democrática que ésta?

José Revueltas analiza los organismos creados por el movimiento estudiantil desde la perspectiva de la autogestión. Señala los contrastes entre la sociedad de alumnos y los comités de lucha y entre la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) y el Consejo Nacional de Huelga. Extractos de su análisis son los siguientes:

La Sociedad de Alumnos, agrupación limitada, burocrática, mediatizada por una superestructura de ordenamientos paralizantes y viciosos destinados a impedir la acción revolucionaria del estudiantado sustituyéndola con los métodos de la politiquería oficial.

El Comité de Lucha como organismo democrático y revolucionario, electo directamente en las asambleas, cuestionable, cuestionado y susceptible de revocación.

El CNH como organismo de masas, ligado a éstas por vínculos orgánicos (los delegados) y que reúne las condiciones de un cuerpo dirigente de tipo nuevo, donde se funden las atribuciones de orientación política, dirección y ejecución, en unidad con las bases de cada centro de estudios, escuela, facultad o instituto, o sea, como una realización de la *praxis* [...].

Cómparese estas formas de funcionamiento orgánico y de acción revolucionaria con la FEU y las FEUS del pasado, verdaderos nidos de ratas políticas y de malhechores, de politicastos y de gánsters, calcados al carbón de los modelos que ofrece la política oficial de la "revolución hecha gobierno".

¿Por qué son formas de autogestión las brigadas, los comités de lucha, el CNH y, aún más, los volantes y los manifiestos impresos en mimeógrafo?

Véanse los rasgos esenciales que definen la naturaleza de las formas puestas como ejemplo:

— Democracia amplia, directa, que se ejerce en plena e irrestricta libertad, sin mediatización alguna y sin que permita el menor síntoma de culto a la personalidad.

— Conciencia colectiva clara, unívoca, por convicción evidente e irreversible de toda la comunidad estudiantil.

— Libre juego de las ideas, corrientes y tendencias ideológicas, dentro de un propósito único y común [...] (lo único que no cabe en nuestras filas son los gobiernistas, oportunistas ni panistas gubernamentales).²

III. La experiencia de la cárcel y el valor de la libertad

La tarde y noche de la matanza de Tlatelolco algunos se salvaron de la muerte porque en la ruleta rusa de la balacera cruzada y de las bayonetas (éstas sí afiladas) al acecho (el Estado Mayor Presidencial disparando al ejército para exacerbar su furia y que atacase con fuerza a la multitud) no les tocó. Otros, como Cabeza de Vaca y yo, nos salvamos porque ya estábamos presos. Yo estaba en la crujía M de Lecumberri. Cuando llegamos ahí había sólo dos presos, dos asaltabancos venezolanos que fueron muy amables con nosotros. Yo compartía la celda con dos presos más jóvenes que yo: con *el Chihuahua*, que venía de dicho estado (y contaba historias del mítico asalto al cuartel Madera), y un estudiante de una vocacional del Poli. Era mi primera experiencia carcelaria y sigue siendo la única.

Estar encarcelado puede ser una experiencia terrible pero puede tener, cuando la compañía es adecuada, su lado luminoso. Como dice Cabeza de

² José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*, México, Era, 1978/2008, pp. 94-97.

Vaca: “Con casi tres años en esas circunstancias sí era un ambiente que hicimos bueno. No era bueno, lo hicimos bueno a fuerza [...] nada más por afinidades se hacen grupos adentro de la cárcel. Se sigue escribiendo, pintando, leyendo, discutiendo.” (*Memorial del 68*, UNAM -GDF, 2007, p.157). Los de la M, en la cual el huésped más distinguido era Eli de Gortari, íbamos al campo deportivo una vez al día; un par de veces a la semana podíamos ir al baño de vapor. La familia o los amigos nos llevaban comida todos los días y así nos liberábamos de la terrible comida de Lecumberri (lo único bueno eran los deliciosos, y muy frescos, bolillos que hacían los presos). Juntábamos la comida de varios y hacíamos una especie de *buffet*. Comíamos de más y engordábamos.

Leíamos varios periódicos al día, sobre todo el *Excelsior*. Jugábamos ajedrez, pero lo mejor eran las conferencias sobre historia de México de Eli de Gortari. Yo sabía que era un filósofo muy destacado, experto en lógica dialéctica, pero no sabía que fuese también un experto en historia de México. Lo escuchábamos atónitos, en un silencio impresionante. Más tarde llegaría a esa cruzada José Revueltas, quien fue apresado en noviembre cuando yo ya había sido liberado. Hubiese sido una gran oportunidad, para continuar aprendiendo, haber coincidido con él en la cárcel. Durante el movimiento había conocido a Manuel (*el Pelón*) Aguilar Mora. Con él fui un par de veces a una oficina en CU a conversar largamente con José Revueltas. Fue una experiencia inolvidable. Revueltas y *el Pelón* discutían de la circunstancia política del momento a un nivel que yo ni siquiera sabía que fuera posible, y me dieron documentos muy densos al respecto que leí ávidamente (probablemente sin entender mucho).

En Lecumberri casi no leí, salvo periódicos y revistas. La familia y los pocos amigos y amigas que nos visitaban tenían miedo de llevarnos libros políticos, especialmente de marxismo. Una amiga me llevó *El Quijote*, del cual no leí una sola página. Al llegar los periódicos en la mañana se leían en voz alta las notas principales. Hablábamos sobre el movimiento buena parte del día. En la sala de defensores teníamos visita casi todos los días. Estando en Lecumberri me sorprendió la existencia en las cárceles mexicanas de la visita conyugal (agudo contraste para alguien que, como yo, devoraba películas de todo tipo y le encantaban las de cárceles, casi todas de Hollywood, en las que había aprendido que en ellas la abstinencia, la masturbación o la homosexualidad, eran las únicas opciones para los presos varones: no recuerdo

haber visto películas de mujeres presas). La visita conyugal, además, era muy liberal: la mujer que visitaba no tenía que demostrar ser esposa del preso. Me entero ahora, sin embargo, que las compañeras presas en Santa Martha Acatitla no tenían este derecho ni estaban en crujiás reservadas para presas políticas (declaraciones de *Nacha* en *Memorial del 68*, p. 159). Me entero también, por declaraciones de mi amiga Teresa Juárez de Castillo en *Memorial del 68*, que el gran luchador y destacado científico Heberto Castillo, liberado bajo fianza en mayo de 1971, nunca fue a firmar al juzgado. Y pensar que yo fui durante más de dos años y medio, todos los lunes, a firmar a los juzgados federales que estaban en Bucareli *de manera inútil*. ¡Lo que es el miedo de volver a perder la libertad!

El 3 de octubre (jueves) nos enteramos de la matanza de Tlatelolco por los periódicos (nadie de la cruzada tenía televisión ni radio). Fue un cubetazo de agua fría. No podíamos creer que hubieran disparado contra la multitud y, desde luego, sabíamos que eran mentiras oficiales las versiones que atribuían a los estudiantes los primeros disparos. Fue una angustia espantosa la que vivimos en los siguientes días, sin saber quién estaba muerto, quién desaparecido, y si el movimiento podría continuar. En esos momentos el aislamiento de la cárcel fue durísimo.

A lo largo de los 40 días que pasé en Lecumberri, la pregunta más angustiante, que aparecía cuando me quedaba solo o con mis compañeros de celda, *era cuánto tiempo íbamos a estar presos*. Mi auto de formal prisión, como el de todos, era por muchos delitos, lo que hacía pensar en muchos años de cárcel. La idea de envejecer ahí era terrorífica. Como dice Antonio Pérez Sánchez: “Podías estar vacilando todo el día y albureando y haciéndole bromas a los vecinos y compañeros, pero llegaba un momento en que te quedabas solo y decías *ya tengo un año aquí, ¿cuánto nos falta?* Entonces te deprimías, era lo que se conoce como el *carcelazo*”. Fausto Trejo, uno de los profesores más queridos del 68, lo explica así: “El carcelazo es, ni más ni menos, cuando los domingos somos visitados por nuestra familia: comer con ellos, el apapacho, el intercambio, y ya que se van se siente aquí el golpe. ¿Cuál es la sensación? Pues aquello que es el origen, la fuente más tremenda de la ansiedad, de la angustia: la soledad” (*Memorial del 68*, pp. 160-161).

Como dice Luis Hernández Navarro: “Se equivocan quienes se despiden ya del 68. Los 40 años del 68 son campo de batalla en contra del autoritarismo y momento de celebrar su victoria cultural” (*La Jornada, Suplemento*

Especial 1968-2008, 2 de octubre de 2008, p. 15). 2 de octubre no se olvida. Tampoco los 131 días que duró el movimiento estudiantil y que “conmovieron a México”.

IV. El Renault rojo que arrancaba con cran: objeto onírico y de bromas

Siendo ayudante de investigador en el COLMEX, hacia 1965 o 1966, les informé a mis padres que me iba a ir a vivir por mi cuenta. Me dejaron quedarme con el Renault 8 que me habían comprado nuevo unos años atrás. Un bello auto de color rojo muy intenso. Este vehículo se convertiría en objeto simbólico y de bromas para mí y para un grupo de militantes del COLMEX que lo usábamos como medio básico de transporte. Sin embargo, dados mis escasos recursos, una parte sustancial de los cuales se agotaba entre el pago de la renta y del psicoanálisis, no podía darle mantenimiento. No podía reponer la batería ya deteriorada. Ni pulirlo, mucho menos pintarlo. El rojo intenso había desaparecido y estaba convertido en ocre pálido. Tampoco podía reparar el refrigerador que tenía en mi departamento. Cuando se descompuso, no lo reparé más. Una vez un grupo de compañeros de la maestría en Economía fue a mi departamento y compramos una botella. Algún optimista que quería una bebida fría, abrió el refrigerador y para su sorpresa y carcajada de todos, el refrigerador estaba totalmente lleno... de periódicos viejos. Es la hemeroteca, contesté muy formalmente. Esto lo suelen recordar mis compañeros cada vez que nos volvemos a reunir.

El Renault 8 tenía motor trasero. Muy cerca de la defensa trasera había un orificio por el cual se podía introducir el cran. Se dejaba el *switch* abierto y al accionar el cran vigorosamente se sustituía el movimiento que normalmente hace la marcha y el vehículo arrancaba. Una vez en marcha no había problema.

Vivía en un departamento de una sola habitación (sala-comedor-recámara), aparte de cocina y baño, en la calle de Dakota, en la colonia Nápoles. El vehículo se quedaba en la calle y era objeto continuo de pillaje. Entre otras cosas, me robaron el asiento trasero. De esta manera los compañeros que iban conmigo en el Renault (salvo el afortunado o afortunada que le tocara el

asiento de adelante junto al conductor) se sentaban atrás en el piso. Esta parte, además, iba siempre llena de volantes para distribuir. Después de la Manifestación Silenciosa, al regresar al estacionamiento del Museo de Antropología encontramos casi todos los autos con los vidrios rotos.³ Creo recordar que acudí a mis padres para que me financiasen la reposición de los cristales. Sin embargo, nunca limpié bien los restos de pequeños trozos de vidrio que quedaron esparcidos por el auto, sobre todo en la parte trasera. De esta manera, a la falta de asiento y multitud de volantes, ahora se añadía los centenares de trozos de vidrio.

El día que entró el ejército a CU había estacionado el Renault muy cerca de la entrada del auditorio de Medicina. Ahí lo fui a recoger unos días después de haber sido liberado, a finales de octubre. Ahí estaba sin daño alguno. Nadie lo había abierto. La parte de atrás estaba repleta de volantes. En la cajuelita estaba la tarjeta de circulación a mi nombre. Con estas simples evidencias me habrían identificado como miembro del CNH. Pero el aparato represor no llevó a cabo, al parecer, investigación alguna de inteligencia en CU. La evidencia del auto, lleno de volantes (centenares de volantes iguales), estacionado en Medicina, era muy difícil de hacer consistente con el hecho de ser egresado de Economía (lejos físicamente de Medicina) y con mi declaración ante el Ministerio Público (en Lecumberri) en la cual había señalado que estaba en CU haciendo un estudio sobre el movimiento estudiantil para mi tesis de licenciatura. Con esta información en manos del Ministerio Público y del juez habría vivido en Lecumberri no 40 días sino los casi tres años que estuvieron *el Pino*, Álvarez Garín y muchos más. A veces ayuda mucho la estupidez del enemigo.

Algunos años después, cuando pude financiar un auto nuevo, vendí el Renault a mi amigo Nemesio Hernández Santander, quien lo pintó de azul y lo conservó muchos años. Nemesio fungió como mi suplente en la Cámara de Diputados a partir de 2003 hasta su fallecimiento. El Renault 8 se convir-

³ Raúl Álvarez Garín en su excelente libro *La estela de Tlatelolco* (Itaca, 2002) señala: “Al terminar el mitin, el desalojo del Zócalo se hizo como si fuera una segunda manifestación plena de combatividad y esperanzas, y así se mantuvo el ánimo de un numeroso grupo de manifestantes que regresó hasta las inmediaciones de Antropología, en donde habían dejado sus vehículos. La impotencia y la rabia de los esbirros del gobierno, frustrados porque no habían podido reprimir la Manifestación Silenciosa, la descargaron en los automóviles estacionados en Antropología. Más de 300 vehículos fueron prácticamente destruidos en sus exteriores: con todos los cristales rotos, y las molduras y las láminas deformadas a golpes” (p. 69).

tió, además, en un símbolo onírico. Alrededor de 1965, en plena crisis existencial, empecé un tratamiento psicoanalítico con un psicoanalista alumno de Erich Fromm. Con frecuencia soñaba con el Renault. Poco a poco se fue haciendo evidente que el automóvil se había convertido en un símbolo de mí mismo. Oníricamente, expresaba como problemas del Renault mis propios problemas. Durante el movimiento estudiantil, y después de Lecumberri, continué en psicoanálisis. Conservé el Renault incluso después de haber suspendido el tratamiento psicoanalítico.

V. José Revueltas, el movimiento del 68 y la autogestión académica

Como dice Roberto Escudero en el prólogo al libro de José Revueltas, *México 68: juventud y Revolución*, Revueltas “se integró al movimiento prácticamente desde el primer día, que todo lo compartió como uno más de sus miembros y que jamás, ni aun en la cárcel, exigió o aceptó siquiera los pequeños privilegios que de manera natural y muy comprensible los estudiantes le ofrecían” (p. 12). En el prólogo destaco una idea muy profunda que Escudero rescata de uno de los ensayos de Revueltas: “Cualquier movimiento revolucionario, incluido el de 1968, cuyas premisas y cuyo contenido [...] son socialistas, porque las necesidades de democracia cabal que han planteado, sólo pueden ser satisfechas cuando el proletariado [...] se libere a sí mismo y a la sociedad en su conjunto”. Lo aquí dicho corresponde exactamente al concepto que Ágnes Heller y György Márkus (los dos más importantes miembros de la Escuela de Budapest que, junto con la de Frankfurt, han mantenido vivo y desarrollado el pensamiento crítico de Marx), han sistematizado, a partir del pensamiento de Marx: las *necesidades radicales*, que definen como aquellas necesidades que genera el propio capitalismo, pero que éste no puede satisfacer. La democracia cabal, planteada a fondo por el movimiento estudiantil, es sin duda una necesidad radical. Pero aquí viene la diferencia con Revueltas: éste seguía concibiendo al proletariado como la clase revolucionaria única, la encargada de la misión de superar el capitalismo. En cambio, Heller y Márkus conciben que los agentes del cambio son aquellos que cobran conciencia de sus necesidades radicales (además de democracia cabal,

podemos ejemplificar las necesidades radicales con tiempo libre, con oportunidades para la creatividad y la autorrealización, y con la necesidad de dejar de ser *bourgeois* y transformarse en *citoyen*). Las experiencias transformadoras que Frenk y Molina relataron en el Recordatorio (y que decenas de miles vivimos en el 68), las podemos reinterpretar a través del concepto de necesidades radicales: ser *citoyen* es superar la visión egocéntrica y egoísta del *bourgeois* y convertirse en el *zoon politikon* que todos somos potencialmente. Revueltas estaba movido, sin duda, por necesidades radicales. Por ello, Roberto Escudero cierra el prólogo diciendo que Revueltas “fue un hombre que en su conducta, como en su obra, reiteró cotidianamente la exigencia planteada a sí mismo, la de ser lo que Gramsci llamaría un intelectual orgánico del proletariado, un escritor libre y conscientemente comunista, enemigo de todo dogma e impostura” (p. 17).

El planteamiento más original y más profundo de Revueltas en el movimiento estudiantil, y muy coherente con la necesidad radical de democracia cabal, pero que habría de tener muy poco eco, fue el de la *autogestión académica*. A este tema están dedicados varios de los escritos incluidos en el libro citado. En uno de ellos (pp. 40-42), fechado el 10 de agosto de 1968, propone como lema de la autogestión académica: *aprender es impugnar e impugnar es transformar*. La propuesta, muy polémica porque linda en la frontera de terminar la huelga, la formuló como: *Se mantiene la protesta, se reanudan los estudios*. Pensaba que con ello se daría un golpe rápido, en corto, contra el enemigo al ganar para el movimiento estudiantil una simpatía activa muy vasta entre las grandes masas de opinión. En el mismo párrafo, sin embargo, habla de *mantener el estado de huelga e instaurar la autogestión académica*. Esta aparente contradicción se explica porque la reanudación de estudios es en condiciones radicalmente distintas: una vez que el estudiantado hubiese comprendido qué es la *autogestión académica*, se elegirían los *comités de autogestión* en cada facultad o escuela y, a partir de ellos, el *consejo de autogestión*. “El objetivo ideológico fundamental de la autogestión académica, dice Revueltas, sería el de establecer el concepto y la práctica de la *democracia cognoscitiva* como instrumento de la lucha por la libertad y como la libertad misma del futuro” (p. 42). Pero no se trata de una utopía dentro de la torre de marfil de la Universidad. Por el contrario, el concepto de *democracia cognoscitiva* para el gran escritor, “aplicado a la realidad universitaria no hace sino ceñirse a la naturaleza objetiva en que la Universidad se sitúa a sí

misma en la historia como caldo de cultivo donde las más diversas clases sociales –incluso el proletariado– nutren y desarrollan los cuadros que integrarán su *conciencia organizada*. Al menos dos experiencias posteriores al 68 habrían de seguir esta senda trazada por Revueltas, quizás sin saber lo que había escrito y dicho Revueltas.

Por una parte, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). En 1970 Ricardo Valero, quien había sido activista en 1968 en el COLMEX, me dijo que los estudiantes de la ENAH estaban manejando la escuela en cogobierno con las autoridades. Desconozco los orígenes de esta práctica pero era un hecho en 1970. Los estudiantes así organizados estaban buscando un profesor de marxismo, y Valero me recomendó a mí. Aunque el curso se llamó oficialmente Economía y sociedad, y lo impartí dos veces, en 1970 y 1971, se trató en realidad de un seminario de *El Capital*. Fue un reto enorme para mí y una experiencia formidable. En un enorme salón, con cien o más estudiantes, muchos de ellos profundos conocedores del marxismo, explicar las sutilezas de las formas del valor y del fetichismo de las mercancías (lo más difícil del volumen primero que fue el único que alcanzamos a estudiar), me convencieron que la mejor manera de profundizar en una idea es tratar de explicarla a otras personas. O, dicho de otra manera: “se aprende enseñando”. El asunto se amplió. Los estudiantes en algún momento me preguntaron mi opinión sobre el candidato adecuado para otro curso de marxismo. Recomendé a Bolívar Echeverría, quien poco después se incorporaría. Algunos años después se implantó en la Escuela Nacional de Economía (ahora Facultad) un nuevo programa de enseñanza en el que el pensamiento económico de Marx cobró gran presencia. Este programa duró muchos años. Hoy hay una contraofensiva que amenaza con reducir aún más (hubo una reforma intermedia que ya redujo tal línea docente) la enseñanza de la economía marxista. Me parece que ambas experiencias apuntan en la dirección de la democracia cognoscitiva propugnada por Revueltas: al conformar escuelas en las que tanto la clase dominante como el proletariado nutren y desarrollan los cuadros que integrarán su *conciencia organizada*. Sin estas experiencias, la universidad que tendríamos, por lo menos en las ciencias sociales y las humanidades, sería una universidad en la cual sólo las ideas hegemónicas tendrían espacio; en vez de la democracia cognoscitiva por la que pugnó Revueltas, tendríamos una *dictadura cognoscitiva* al servicio de la clase dominante, como la que prevalece en las escuelas de

economía del ITAM, del CIDE y de otras instituciones, muchas lamentablemente públicas.

En el escrito “Esquema para conferencia sobre autogestión académica”, Revueltas define la autogestión de la enseñanza como el automanejo y la autodirección de las actividades académicas por los colegios de profesores y alumnos que se instituyen para el conocimiento de la materia de que se trate. Continúa así este importante texto de Revueltas que se sumerge en una reforma radical de la educación y termina en la aspiración utopista, pero justamente por ello sumamente importante, de la abolición de las especializaciones:

Desde el punto de vista de la enseñanza como tal, la autogestión funciona como una metodología más ágil, más elástica, más dinámica, que los precedentes sistemas pedagógicos basados en conferencias y lecciones *desde la cátedra*, rígidas y repetidas, carentes de imaginación y apoyadas por lo general o siempre en un texto invariable, lo que convertía al alumno, en el mejor de los casos, en un costal de conocimientos y fórmulas vacías.

La autogestión comienza, entonces, por abolir la enseñanza *excátedra* y el libro de texto. El maestro ya no dictará conferencias que el alumno acepte de modo inapelable, no calificará el aprovechamiento por la medida en que se ciña o se aparte de un texto determinado.

La autogestión se propone que maestros y estudiantes recorran juntos y descubran juntos la misma aventura que el pensamiento tuvo que recorrer en el proceso del acto creador de las ideas cardinales en las que se sustentan los diversos aspectos de la ciencia, la cultura y la técnica [...]. Pues se trata de abolir las especializaciones para encontrar tras de cada disciplina particular la esencia del hombre desenajenado y el anuncio de su libertad (pp. 101-102).

Revueltas concluye este escrito ampliando la perspectiva de la autogestión a las actividades productivas y a la vida social como un todo, expresando en toda su fuerza la necesidad radical de democracia cabal:

De la autogestión académica deberá trascenderse a la autogestión social. Autogestión de las masas del pueblo, de los trabajadores de las fábricas, de los campesinos, por medio de los comités de lucha y los consejos populares de lucha (p. 102).